

# **La salvación del alma moderna**

De la misma autora

*El consumo de la utopía romántica. El amor y las contradicciones culturales del capitalismo*, Buenos Aires/Madrid, Katz, 2009

*Intimididades congeladas. Las emociones en el capitalismo*, Buenos Aires/Madrid, Katz, 2007

*The culture of capitalism*, Jerusalén, 2002

*Oprah Winfrey and the glamour of misery: An essay on popular culture*, Nueva York, 2003

Eva Illouz

**La salvación del alma moderna**

Terapia, emociones y la cultura  
de la autoayuda

Traducido por Santiago Llach

Primera edición, 2010

© Katz Editores  
Charlone 216  
C1427BXF-Buenos Aires  
Fernán González, 59 Bajo A  
28009 Madrid  
**www.katzeditores.com**

Título de la edición original: *Saving the modern soul:  
Therapy, emotions, and the culture of self-help*

© 2008 The Regents of the University of California  
Published by arrangement with the University  
of California Press

ISBN Argentina: 978-987-1566-15-0  
ISBN España: 978-84-92946-01-3

I. Sociología de la Cultura. I. Llach, Santiago, trad.  
II. Título  
CDD 306

El contenido intelectual de esta obra se encuentra protegido por diversas leyes y tratados internacionales que prohíben la reproducción íntegra o extractada, realizada por cualquier procedimiento, que no cuente con la autorización expresa del editor.

Diseño de colección: tholön kunst

Impreso en España por Romanyà Valls S.A.  
08786 Capellades  
Depósito legal: B-8173-2010

# Índice

- 7 Agradecimientos
  
- 9 1. Introducción
- 20 La sociología cultural y lo terapéutico
- 25 La terapia como un nuevo estilo emocional
- 30 Textos y contextos
- 34 Crítica cultural y psicología
  
- 37 2. Freud: un innovador cultural
- 40 El psicoanálisis como empresa carismática
- 42 La organización social del carisma freudiano
- 46 Freud en los Estados Unidos
- 53 La matriz cultural freudiana
- 73 El romance entre la psicología y la cultura popular
- 79 Conclusión
  
- 81 3. Del *homo economicus* al *homo communicans*
- 84 El control emocional en la sociología de las organizaciones
- 88 El poder del control y el control del poder
- 91 Los psicólogos ingresan al mercado
- 98 Un nuevo estilo emocional
- 103 Control emocional
- 119 La ética comunicativa como espíritu de la empresa
- 128 Competencia emocional, moral y profesional
- 137 Conclusión
  
- 139 4. La tiranía de la intimidad
- 141 Intimidad: un refugio cada vez más frío

153	¿Más allá de su voluntad? Los psicólogos y el matrimonio
160	Lo que el feminismo y la psicología tienen en común
165	Intimidad: una nueva imaginación emocional
173	La racionalidad comunicativa en el dormitorio
178	Hacia la ideología de la emoción pura
187	El enfriamiento de la pasión
194	Conclusión
197	5. El sufrimiento triunfante
202	Por qué triunfó la terapia
220	La narrativa terapéutica de la personalidad
228	La representación del yo a través de la terapia
237	Una narrativa en acción
248	Conclusión
251	6. ¿Una nueva estratificación emocional?
255	El surgimiento de la competencia emocional
257	La inteligencia emocional y sus antecedentes
275	El habitus terapéutico global y el hombre nuevo
281	La intimidad como un bien social
296	Conclusión
299	7. Conclusión: el pragmatismo institucional en el estudio de la cultura
309	Índice analítico

# 1

## Introducción

Sin duda, el concepto de iluminismo no debe restringirse demasiado en lo metodológico, puesto que, tal como yo lo entiendo, incluye algo más que simple deducción lógica y verificación empírica, sino más bien, y más allá de estas dos, la voluntad y la capacidad para especular fenomenológicamente, para establecer lazos de empatía, para acercarse a los límites de la razón. [...] ¿Las emociones? En lo que a mí respecta, sí. ¿Dónde se ha decretado que el iluminismo debe verse libre de la emoción? A mi juicio, lo contrario parece ser lo cierto. El iluminismo puede cumplir con su tarea correctamente sólo si se dispone a trabajar con pasión.

**Jean Amery**

Mediante palabras puede un hombre hacer dichoso a otro o empujarlo a la desesperación, mediante palabras el maestro transmite su saber a los discípulos [...]. Palabras despiertan sentimientos y son el medio universal con el que los hombres se influyen unos a otros.

**Sigmund Freud\***

\* Los epígrafes son de Jean Amery, *At the mind's limits: Contemplations by a survivor on Auschwitz and its realities*, reimpresión, Bloomington, Indiana University Press, 1980, p. xi [trad. esp.: *Más allá de la culpa y la expiación: tentativas de superación de una víctima de la violencia*, Madrid, Pre-Textos, 2001] y de Sigmund Freud, *Introductory lectures on psychoanalysis*, Nueva York, Norton, 1966, p. 20 [la cita corresponde a la edición en español: *Conferencias de introducción al psicoanálisis (parte I y II) (1915-1916)*, *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1979, vol. 15, p. 15].

En las últimas tres décadas se han acumulado sostenidamente los estudios y las críticas de la terapia. Aunque difieren en método y en perspectiva, acuerdan en el hecho de que la doctrina terapéutica es moderna por excelencia, y en que es moderna en aquello que es más inquietante en la modernidad: la burocratización, el narcisismo, la construcción de un falso yo, el control de las vidas modernas por parte del Estado, el colapso de las jerarquías culturales y morales, la intensa privatización de la vida causada por la organización social capitalista, el vacío del yo moderno separado de las relaciones comunales, la vigilancia a gran escala, la expansión del poder y la legitimación estatales, y la “sociedad del riesgo” y el cultivo de la vulnerabilidad del yo.<sup>1</sup> Los estudios acerca del discurso terapéutico podrían por sí solos proporcionarnos un compendio de los variados temas que constituyen a la sociología (y la crítica) de la modernidad.

- 1 Acerca de la burocratización, véase Peter Berger, “Toward a sociological understanding of psychoanalysis”, en *Social Research*, N° 32, 1965, pp. 26-41. Acerca del narcisismo, véase Christopher Lasch, *The culture of narcissism: American life in an age of diminishing expectations*, Nueva York, Warner Books, 1979 [trad. esp.: *La cultura del narcisismo*, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1999]. Acerca de la construcción de un falso yo, véase Ian Craib, *The importance of disappointment*, Londres, Routledge, 1994. Acerca del control de las vidas modernas por parte del Estado, véase Ellen Herman, “Psychologism and the child”, en Theodore M. Porter y Dorothy Ross (eds.), *The Cambridge History of Science*, vol. 7: *The modern social sciences*, Nueva York, Cambridge University Press, 2003, pp. 649-662, y *The romance of American psychology: Political culture in the age of experts, 1940-1970*, Berkeley, University of California Press, 1995. Acerca del colapso de las jerarquías culturales y morales, véase Philip Rieff, *The triumph of the therapeutic: Uses of faith after Freud*, Chicago, University of Chicago Press, 1987. Acerca de la privatización de la vida bajo el capitalismo, véase Eli Zaretsky, *Secrets of the soul: A social and cultural history of psychoanalysis*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2004. Acerca del vacío del yo moderno, véase Philip Cushman, “Why the self is empty: Toward a historically situated psychology”, en *American Psychologist* 45, N°5, 1990, pp. 599-611. Acerca de la vigilancia, véase Michel Foucault, *Discipline and punish: The birth of the prison*, Nueva York, Vintage Books, 1995 [trad. esp.: *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2003]; Nikolas Rose, “Assembling the modern self”, en Roy Porter (ed.), *Rewriting the self: Histories from the Renaissance to the present*, Londres, Routledge, 1997, pp. 224-247; e *Inventing our selves: Psychology, power and personhood*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996. Acerca de la expansión del poder estatal y el desarrollo de nuevas fuentes de legitimación estatal, véase James L. Nolan, *Therapeutic state: Justifying government at century’s end*, Nueva York, New York University Press, 1998. Acerca de la “sociedad del riesgo”, la obsesión social con la administración del riesgo y su relación con un cultivo de la vulnerabilidad del yo, véase Frank Furedi, *Therapy culture: Cultivating vulnerability in an uncertain age*, Londres, Routledge, 2004.



La crítica comunitarista de la modernidad sostiene que la psicología expresa un individualismo atomizado que crea –o, al menos, fomenta– las mismas enfermedades que asegura curar. Así, mientras que la psicología supuestamente trata nuestra creciente dificultad para ingresar o permanecer en relaciones sociales y ayuda a resolverla, fomenta de hecho que pongamos nuestras necesidades y preferencias por encima de nuestros compromisos con los otros. Bajo el patrocinio del discurso terapéutico, las relaciones sociales son disueltas por un utilitarismo pernicioso que aprueba una falta de compromiso con las instituciones sociales y legitima una identidad narcisista y superficial.<sup>2</sup>

Autores como Lionel Trilling, Philip Rieff, Christopher Lasch y Philip Cushman han interpretado el ascenso de la visión terapéutica del mundo como un signo del declive de un dominio autónomo de la cultura y de los valores.<sup>3</sup> Gracias al consumo y a la práctica terapéutica, el yo ha sido rápidamente integrado a las instituciones de la modernidad, haciendo que la cultura pierda su poder de trascendencia y de oposición a la sociedad. La propia capacidad de seducción del consumo y de la autoabsorción terapéutica marcan el declive de cualquier oposición seria a la sociedad y el agotamiento cultural general de la civilización occidental. Ya sin capacidad para crear héroes y establecer valores e ideales culturales, el yo se ha retirado dentro de su propio caparazón vacío. Al hacernos un llamamiento a retirarnos dentro de nosotros mismos, la doctrina terapéutica nos ha hecho abandonar los grandes mundos de la ciudadanía y la política, y no puede proporcionarnos un modo inteligible de conectar el yo privado con la esfera pública, porque ha vaciado al yo de su contenido comunitario y político, reemplazándolo por su preocupación narcisista por sí mismo.

La crítica más radical del discurso terapéutico –y probablemente la más influyente– ha sido inspirada por la historización de los sistemas de conocimiento llevada a cabo por Michel Foucault. El abordaje de Foucault del discurso terapéutico se interesa menos en restaurar comunidades de sentido que en exponer los modos en que el poder es entrelazado verticalmente y horizontalmente en el tejido social. Foucault desencadenó un

2 Véase Robert Bellah *et al.*, *Habits of the heart: Individualism and commitment in American life*, Nueva York, Harper and Row, 1985, pp. 55-112 [trad. esp.: *Hábitos del corazón*, Madrid, Alianza, 1989].

3 Lionel Trilling, *Freud and the crisis of our culture*, Boston, Beacon Press, 1955; Rieff, *Triumph of the therapeutic*; Lasch, *Culture of narcissism*; Philip Cushman, *Constructing the self, constructing America: A cultural history of psychotherapy*, Reading, MA, Addison-Wesley.

notorio golpe fatal al psicoanálisis al revelar que su glorioso proyecto de liberación del yo era una forma de disciplinamiento y de sujeción al poder institucional “por otros medios”.<sup>4</sup> Foucault sugirió que el “descubrimiento” científico de la sexualidad que está en el centro del proyecto psicoanalítico continúa una larga tradición en la cual, a través de la confesión, se hace que los sujetos investiguen y digan la verdad acerca de sí mismos. En el terreno terapéutico nos inventamos a nosotros mismos como individuos, con carencias, necesidades y deseos a ser conocidos, categorizados y controlados en pos de la libertad. A través de las categorías mellizas del “sexo” y “la psiquis”, la práctica psicoanalítica nos hace buscar la verdad acerca de nosotros mismos, y es definida así en términos de descubrimiento de esa verdad y de hallazgo de la emancipación en esa búsqueda. Lo que lleva a que los “discursos psi”<sup>5</sup> sean particularmente efectivos en la era moderna es que hacen de la práctica del autoconocimiento un acto simultáneamente epistemológico y moral. Lejos de mostrar el rostro duro del censor, el poder moderno adopta el rostro benevolente de nuestro psicoanalista, que no resulta ser sino un nodo de una vasta red de poder, una red omnipresente, difuminada y total en su anonimidad y su inmanencia. El discurso del psicoanálisis es así una “tecnología política del yo”, un instrumento usado y desarrollado en el marco general de la racionalidad política del Estado; su mismo objetivo de emancipar al yo es lo que hace que el individuo sea dócil y disciplinado. Allí donde los sociólogos comunitaristas ven el discurso terapéutico como uno que clava una cuña entre el yo y la sociedad, Foucault sugiere, por el contrario, que a través de la terapia el yo es imperceptiblemente puesto a trabajar para un sistema de poder y dentro de él.

Aunque este libro no puede evitar tener implicaciones para la crítica de la modernidad, me gustaría eludir por completo esa crítica. Ya sea que el discurso terapéutico amenace las comunidades morales de sentido, mine a la familia, oprima a las mujeres, disminuya la relevancia de la esfera política, corroa la virtud y el carácter moral, ejerza un proceso general de vigilancia, refuerce el caparazón vacío del narcisismo o debilite al yo, todo ello no me preocupa (aun cuando algunas de estas cuestiones no puedan no rondar parte del análisis subsiguiente). Mi propósito no es documentar los efectos perniciosos del discurso terapéutico ni discutir su potencial emancipatorio, tareas que ya han sido magistralmente llevadas a cabo por

4 Véase Foucault, *Discipline and punish: The birth of the prison*; Rose, *Inventing our selves*.

5 Ésta es una expresión de Nikolas Rose, extraída de *Inventing our selves*.

muchos otros.<sup>6</sup> Mi intención aquí es más bien apartar el campo de los estudios culturales de la “epistemología de la sospecha”, de la cual ha dependido en demasía. O, para decirlo con otras palabras, deseo analizar la cultura sin la presunción de saber por adelantado cómo deberían verse las relaciones sociales. Utilizando el abordaje sociológico a los objetos científicos de Bruno Latour y Michel Callon, convoco a los estudiosos de la cultura a adoptar dos principios: el principio del “agnosticismo” (tomar una postura amoral hacia los actores sociales) y el principio de simetría (explicar fenómenos diferentes de manera similar o simétrica).<sup>7</sup> El objetivo del análisis cultural no es medir las prácticas culturales con respecto a aquello que deberían ser o a aquello que deberían haber sido, sino más bien entender de qué modo han llegado a ser lo que son y por qué, siendo aquello que son, “consiguen cosas” para la gente. Así, a pesar de su brillantez, un abordaje foucaultiano no sería pertinente debido a que Foucault utilizaba conceptos generalizadores –“vigilancia”, “biopolítica”, “gubernamentalidad”– que tienen algunos defectos fatales: no toman seriamente las capacidades críticas de los actores; no preguntan por qué los actores se ven a menudo profundamente comprometidos y absorbidos por los significados; y no diferencian entre esferas sociales, colapsándolas bajo lo que el sociólogo francés Philippe Corcuff ha denominado conceptos *bulldozer*,<sup>8</sup> conceptos tan abarcadores que terminan aplanando la complejidad de lo social (por ejemplo, “biopoder” o “vigilancia”). Como espero poder demostrar, es crucial llevar a cabo tales diferenciaciones. Un análisis denso y contextual de los usos y los efectos de la terapia revela que no hay un efecto general único (de “vigilancia” o “biopoder”). Por el contrario, estos usos y efectos difieren significativamente según si tienen lugar en el dominio de una empresa, del matrimonio o del grupo de apoyo (respectivamente, véanse los capítulos 3, 4 y 5).

Si todas las críticas del discurso psicoanalítico coinciden en señalar que éste ha “triunfado”, y si algunos estudios notables detallan ahora *qué* es lo que ha “triunfado” en la terapia,<sup>9</sup> todavía no sabemos demasiado acerca

6 Para un intento reciente, véase Zaretsky, *Secrets of the soul*.

7 Michel Callon, “Some elements of a sociology of translation: Domestication of the scallops and the fishermen of St. Briec Bay”, en John Law (ed.), *Power, action, and belief: A new sociology of knowledge?*, Boston, Routledge/Kegan Paul, 1986, pp. 196-233.

8 Philippe Corcuff, comunicación personal, 6 de junio de 2000.

9 Véase Eva S. Moskowitz, *In therapy we trust: America's obsession with self-fulfillment*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2001; James Capshew, *Psychologists on the march: Science, practice, and professional identity*, Nueva York,

de *cómo* y *por qué* ha triunfado.<sup>10</sup> Al tratar esta cuestión, me aparto de los abordajes críticos a la cultura que descansan en la epistemología de la sospecha para exponer sistemáticamente cómo una práctica cultural lleva a cabo (o no logra llevar a cabo) una práctica política específica. En lugar de ello, sostengo que una crítica de la cultura no puede ser llevada a cabo adecuadamente antes de que entendamos el mecanismo de la cultura: cómo son producidos los significados, cómo son entrelazados en el tejido social, cómo son usados en la vida diaria para conformar las relaciones y tratar con un mundo social incierto, y por qué llegan a organizar nuestra interpretación del yo y de los otros. Como espero demostrar, tanto el análisis como la crítica del *ethos* terapéutico adquieren un nuevo aspecto cuando no se los predica sobre la base de supuestos políticos a priori acerca de cómo *deberían* ser las relaciones sociales. En lugar de ello, mi análisis adhiere a la comprensión pragmática de que los significados y las ideas deberían ser vistos como herramientas útiles, esto es, como herramientas que nos permiten llevar a cabo ciertas cosas en la vida diaria.<sup>11</sup>

Mi estudio del discurso terapéutico es así llevado a cabo, primero y principal, desde la perspectiva de la sociología de la cultura. Quizá más en tanto que, en la mayoría de los otros temas, la exploración del *ethos* terapéutico es un terreno ideal para examinar “cómo funciona la cultura”. Esto es cierto por numerosos motivos.

En primer lugar, para un estudioso de la cultura el lenguaje terapéutico tiene la rara virtud de ser cualitativamente un nuevo lenguaje del yo. Aun cuando depende de una visión antigua de la psiquis, este lenguaje no tiene prácticamente antecedentes en la cultura estadounidense o europea. En ese sentido, representa una posibilidad singularmente prístina de comprender de qué manera emergen las nuevas formas culturales y cómo los nuevos lenguajes transforman las autocomprensiones que se introducen en las relaciones sociales y en la acción. Recordando la perspectiva de Robert Bellah en relación con la Reforma Protestante, podemos decir que el discurso terapéutico ha “reformulado el nivel más profundo de los símbolos identitarios”.<sup>12</sup> Dicha reformulación posee un interés especial para

---

Cambridge University Press, 1999; Furedi, *Therapy culture*; Herman, *Romance of American psychology*.

10 Moskowitz, *In therapy we trust*, y Herman, *Romance of American psychology*, son dos excepciones notorias.

11 Véase Richard Rorty, *Philosophy and social hope*, Nueva York, Penguin Books, 1999.

12 Robert Bellah, *Beyond belief: Essays on religion in a post-traditional world*, Nueva York, Harper and Row, p. 67.